

11 de septiembre, rue Touillier

De modo que aquí es donde viene a vivir la gente. Yo más bien diría que es un lugar para morir. He salido. He visto hospitales. He visto a un hombre que se tambaleaba y se ha desplomado. La gente se ha agolpado a su alrededor y me ha ahorrado el resto. He visto a una mujer embarazada. Se arrastraba a duras penas pegada a un muro alto y caliente, que iba tentando para convencerse de que seguía allí. Sí, allí seguía. ¿Al otro lado del muro? He buscado en mi mapa: Maison d'Accouchement.* Bien. La ayudarán a dar a luz, saben cómo hacerlo. Más allá, la rue Saint-Jacques, un gran edificio con una cúpula. El mapa indica Val-de-Grâce, Hôpital militaire. En realidad no tenía ninguna necesidad de saberlo, pero nunca está de más. La callejuela empezó a oler por todas partes. Olía, por lo que pude distinguir, a yodoformo, a la grasa de las *pommes frites*, a miedo. Todas las ciudades huelen en verano. Luego he visto una casa extrañamente cegada, no acertaba a situarla en el mapa, pero encima de la puerta aún se podía leer: *Asile de nuit*. Junto a la entrada se detallaban los precios. Los he leído. No eran caros.

¿Qué más? Un niño en un cochecito parado: era rollizo, verdoso y tenía una sarpullido visible en la frente. Al parecer, se estaba curando y no le dolía. El niño dormía con la boca abierta, respiraba yodoformo, *pommes frites*, miedo. Era tal como lo digo. Lo principal era estar vivo. Eso era lo principal.

* Casa de Maternidad. [Esta nota, como las siguientes, a menos que se indique otra procedencia, es del traductor.]

Y ¡decir que no puedo evitar dormir con la ventana abierta! Los tranvías circulan con estrépito por mi habitación. Los coches me pasan por encima. Una puerta se cierra de golpe. En alguna parte se oye el fragor de una ventana que cae, distingo la carcajada de los grandes trozos de cristal, la risa ahogada de los añicos. Luego, de pronto, un ruido sordo, encerrado, que llega del otro lado, del interior del edificio. Alguien sube la escalera. Se acerca cada vez más, sin cesar. Llega, se queda un buen rato, luego pasa de largo. Y de nuevo la calle. Una muchacha grita: «*Ah, tais-toi, je ne veux plus*».* El tranvía se aproxima, completamente agitado, a toda velocidad, luego sigue su camino pasando por encima del grito, por encima de todo. Alguien da una voz. La gente corre, se agolpa. Ladra un perro. Menudo alivio: un perro. Al amanecer incluso canta un gallo, es algo que sienta de maravilla. Entonces, de pronto, me duermo.

Éstos son los ruidos. Pero aquí hay algo aún más terrible: el silencio. Creo que cuando se produce un gran incendio se da a veces uno de esos momentos de máxima tensión, las mangueras pierden presión, los bomberos dejan de escalar, nadie se mueve. Sin hacer ruido, una cornisa negra avanza en las alturas, y un muro alto tras el cual se enfurece el fuego cede sin el menor ruido. Todo el mundo se detiene y aguarda encogido de hombros, los rostros concentrados en los ojos, a que se produzca el terrible golpe. Así es el silencio en estos lares.

Aprendo a ver. No sé a qué se debe, pero todo penetra en mí más profundamente y no se queda en el lugar en el que, hasta hoy, terminaba siempre. Tengo un interior que desconocía. Todo me llega a él. No sé lo que ocurre dentro.

Hoy, mientras escribía una carta, me he dado cuenta de que

* Cállate, anda, que me tienes harta.

solo llevo aquí tres semanas. Tres semanas en otra parte, en el campo, por ejemplo, parecían un día, mientras que aquí son años. No escribiré más cartas. ¿Por qué he de decir a alguien que estoy cambiando? Si cambio, dejo de ser el que era y soy alguien distinto de quien fui, de modo que está claro que no tengo conocidos. Y a los extraños, a la gente que no me conoce, no hay manera de escribirles.

¿Lo he dicho ya? Estoy aprendiendo a ver. Sí, estoy empezando. Aún no me desenvuelvo bien, pero quiero aprovechar el tiempo.

Nunca había reparado, por ejemplo, en la cantidad de rostros que existen. Existen montones de personas, pero aún más rostros, porque cada individuo tiene varios. Hay gente que lleva años el mismo rostro; evidentemente, se gasta, se ensucia, se arruga, se da como unos guantes que uno se ha puesto para ir de viaje. Es gente sencilla, ahorradora; no se lo cambian, ni siquiera lo mandan limpiar. Dicen que con ése les basta, y ¿quién iba a demostrarles lo contrario? Comoquiera que tienen varios rostros, surge por supuesto la pregunta de qué harán con los demás. Los guardan. Para que se los pongan sus hijos. Aunque también se da el caso de que son sus perros quienes los llevan. Y ¿por qué no? Un rostro es un rostro.

Hay otra gente que cambia de rostro con una rapidez inquietante; se ponen uno tras otro y los van gastando. Al principio les parece que les van a durar para siempre, pero apenas han cumplido los cuarenta cuando topan con el último. Eso tiene su lado trágico, por supuesto. No están acostumbrados a cuidar rostros, el último se les gasta en ocho días, le salen agujeros, en muchos sitios se ha hecho fino como papel, y poco a poco va dejando al descubierto lo que hay debajo, el no rostro, y se pasean con él.

Pero la mujer, la mujer... Estaba replegada sobre sí misma, ha-

cia delante, sobre sus manos. Era en la esquina de la rue Notre-Dame-des-Champs. En cuanto la vi, ralenticé el paso. Cuando la gente pobre reflexiona, no hay que molestarla. Puede que al final se le ocurra lo que está buscando.

La calle estaba demasiado vacía; su vacío se aburría, me quitaba el paso de debajo de los pies y golpeaba con él, aquí y allá, como con un zueco. La mujer se asustó y se desovilló demasiado deprisa, demasiado bruscamente, de modo que el rostro se le quedó pegado a las manos. Pude verlo, con su forma hueca. Me costó horrores no apartar la mirada de esas manos y no fijarme en lo que habían arrancado. Me horrorizaba ver un rostro por dentro, pero mucho más miedo me daba tener delante una cabeza al desnudo, lacerada, sin rostro.

Tengo miedo. Hay que hacer algo contra el miedo, cuando se apodera de uno. Sería espantoso caer enfermo aquí; y, si a alguien se le ocurriera llevarme al Hôtel-Dieu, me moriría allí dentro, seguro. Es un *hôtel* agradable, tremendamente concurrido. Apenas puede atisbarse la fachada de la catedral de París sin riesgo de ser atropellado por uno de los muchos coches que cruzan la explanada a máxima velocidad para entrar en el *hôtel*. Son pequeños ómnibus que tocan la bocina sin parar; y hasta el mismísimo duque de Sagan* se vería obligado a detener su carruaje si a uno de estos pequeños moribundos se le hubiera metido en la cabeza entrar directo en el *hôtel* de Dios. Los moribundos son cabezones, y todo París se congestiona cuando madame Legrand, *brocanteuse*** de la rue des Martyrs, acude en vehículo a determinada plaza de la Cité. Hay que decir que estos coches pequeños y endiablados

* Charles Guillaume Frédéric Boson de Talleyrand-Périgord (1832-1910), oficial de caballería y conocido dandy francés del cambio de siglo.

** Chamarilera.

tienen unas ventanas de vidrio esmerilado, sumamente sugestivas, tras las cuales puede uno figurarse las agonías más tremendas; para ello basta con tener la fantasía de una portera. Si se tiene todavía más imaginación y se la encauza en otras direcciones, el número de suposiciones es verdaderamente ilimitado. Pero también he visto llegar coches de punto abiertos, coches de caballos de alquiler con la capota bajada que circulaban según la tarifa al uso: a dos francos la hora de agonía.

Este magnífico *hôtel* es muy antiguo, ya en la época del rey Clo-doveo se moría en algunos lechos. Hoy día se muere en un total de 559 camas. En serie, por supuesto. Con una producción tan elevada, es difícil ejecutar correctamente cada muerte particular, pero lo mismo da. Lo que cuenta es la cantidad. ¿Quién concede hoy importancia a una muerte bien elaborada? Nadie. Hasta los ricos, que podrían permitirse morir con todo lujo de detalles, empiezan a mostrarse descuidados e indolentes; el deseo de tener una muerte propia es cada vez más raro. Dentro de poco será tan raro como tener una vida propia. Dios, está todo a nuestro alcance. Uno llega, encuentra una existencia lista y a punto, no tiene más que ponérsela. ¿Que alguien quiere marcharse o se ve obligado a ello? Está bien, nada de esfuerzos: *Voilà votre mort, monsieur*. Uno muere como viene la cosa; uno muere la muerte propia de la enfermedad que padece (porque, desde que se conocen todas las enfermedades, se sabe también que los distintos desenlaces mortales forman parte de la enfermedad y no del ser humano; y el enfermo, por así decir, no tiene nada que hacer).

En los sanatorios, en los que a la gente le gusta morir con tanta gratitud a los médicos y enfermeras, uno muere una de las muertes asignadas a la institución; está muy bien visto. Pero, cuando alguien muere en casa, lo normal es escoger aquella muerte cortés,

propia de la buena sociedad, con la que se da casi inicio al entierro de primera clase y a toda la serie de maravillosos ceremoniales. Es entonces cuando los pobres se detienen ante una de estas casas y no se cansan de mirar. Su propia muerte les resulta trivial, por supuesto, sin la menor pompa. Se sienten dichosos cuando encuentran una que les sienta más o menos bien. Puede irles un poco ancha: siempre se crece un poco más. Solo resulta incómoda cuando no les cierra sobre el pecho o cuando ahoga.

Cuando pienso en casa, en donde ya no queda nadie, me parece que antes debió de ser todo de otro modo. Antes se sabía (o tal vez se intuía) que cada cual llevaba *consigo* su muerte igual que el fruto la semilla. Los niños llevaban una muerte pequeña y los adultos, una grande. Las mujeres la tenían en el seno y los hombres, en el pecho. Uno era *dueño* de su muerte, y eso le daba una dignidad particular y un discreto orgullo.

Todavía a mi abuelo, el viejo chambelán Brigge, se le veía que llevaba una muerte consigo. Y menuda muerte: duró dos meses y fue tan ruidosa que se la oyó hasta en la casa de los granjeros.

La antigua y alargada casa señorial era demasiado pequeña para aquella muerte, parecía que hubiera que añadirle alas, pues el cuerpo del chambelán crecía cada vez más y él quería que lo llevaran todo el tiempo de una sala a otra, y se ponía hecho una furia si el día aún no había terminado y no quedaban ya habitaciones en las que no lo hubieran acostado. Entonces, con todo el séquito de criados, doncellas y perros que tenía siempre a su alrededor, había que llevarlo escaleras arriba y, precedido del mayordomo, dejarlo en la habitación en la que murió su madre –Dios la tenga en su gloria–, que seguía exactamente en el mismo estado en el que ella la había dejado veintitrés años antes y en la que nadie más podía entrar. Pero entonces irrumpía toda la turba. Se descorrían

las cortinas y la luz robusta de una tarde de verano examinaba todos los objetos esquivos y asustados, y se volvía con torpeza en los espejos descubiertos de improviso. Y la gente hacía lo mismo. Había allí doncellas que, de pura curiosidad, no sabían dónde posaban las manos, jóvenes sirvientes que miraban todo boquiabiertos, y criados ya más entrados en años que iban de un lado a otro tratando de recordar todo cuanto les habían contado de aquella habitación cerrada en la que, finalmente, tenían la dicha de entrar.

Sin embargo, era sobre todo a los perros a quienes entrar en una alcoba en la que todas las cosas despedían un olor les parecía tremendamente estimulante. Los galgos rusos, altos y delgados, iban y venían absortos por detrás de las sillas de brazos, cruzaban la estancia con un paso de baile largo y un ligero contoneo, se erguían como los perros de un blasón y, apoyando las finas patas en el antepecho de una ventana de blanco y oro, la frente arrugada y el rostro afilado, atento, miraban el patio a derecha e izquierda. Unos perros salchicha pequeños, de un amarillo gamuza, estaban sentados en la ancha butaca de seda, al lado de la ventana, en el rostro la expresión de quien estima todo la mar de normal, y un perdiguero de pelo duro y semblante hosco se frotaba el lomo con el canto de una mesa de piernas doradas sobre cuyo tablero pintado temblaban unas tazas de porcelana de Sèvres.

Sí, fue una época terrible para estos objetos distraídos y soñolientos. Se pisaron pétalos de rosa caídos de los libros que una mano precipitada abrió sin mucho tino; se asieron objetos pequeños y frágiles que, comoquiera que se rompían a la mínima, volvían enseguida a dejarse de nuevo en su sitio, aunque algunos se ocultaban también debajo de las cortinas e incluso eran arrojados detrás de la reja dorada del guardafuego de la chimenea. Y de tarde en tarde caía algo, caía con un tenue ruido sobre la alfombra o con un ruido agudo sobre el parquet, pero tanto en un sitio como

en otro se rompía, se hacía pedazos con estridor o se resquebrajaba casi en silencio, pues, mimados como estaban, ninguno de aquellos objetos soportaba la menor caída.

Y si a alguien se le hubiera ocurrido preguntar cuál era el motivo de todo aquello, qué había desatado en la habitación escrupulosamente protegida aquella profusión de destrozos, solo habría habido *una* respuesta posible: la muerte.

La muerte del chambelán Christoph Detlev Brigge en Ulsgaard. Pues éste estaba tendido en medio del suelo, sobresaliendo, alto como era, de su uniforme azul oscuro, y no se movía. En su rostro grande, extraño, que ya nadie reconocía, se habían cerrado los ojos: no veía lo que estaba ocurriendo. Primero habían tratado de tumbarlo en la cama, pero él se había resistido porque detestaba las camas desde aquellas primeras noches en las que su enfermedad se había agravado. Por lo demás, aquella cama de allá arriba había resultado ser demasiado pequeña, y no les quedó otra que tumbarlo en la alfombra, ya que abajo no había querido ir.

Y allí estaba, tendido, y daba la impresión de que estaba muerto. Como poco a poco había ido anocheciendo, los perros se habían retirado uno tras otro por la puerta entreabierta, solo el de pelo largo con expresión hosca seguía al lado de su dueño, una de sus anchas e hirsutas patas delanteras posada sobre la mano grande y gris de Christoph Detlev. También la mayor parte del servicio se encontraba fuera, en el pasillo blanco, en el que había más luz que en la habitación; los que se habían quedado dentro miraban de vez en cuando, a hurtadillas, hacia aquel bulto grande y cada vez más oscuro que había en medio, y se las veían y se las deseaban para que no fuera más que un traje grande sobre un objeto en mal estado.

Pero había algo más. Una voz, la voz que siete semanas antes nadie conocía: pues no era la voz del chambelán. Aquella voz

no pertenecía a Christoph Detlev, sino a la muerte de Christoph Detlev.

La muerte de Christoph Detlev vivía ahora en Ulsgaard, desde hacía ya muchos, muchos días, y hablaba con todos y pedía. Pedía que la llevaran, pedía la habitación azul, pedía el pequeño salón, pedía la sala. Pedía los perros, pedía que la gente riera, hablara, jugara y se callara, y pedía todo eso a la vez. Pedía ver amigos, mujeres y muertos, y pedía morirse ella misma: pedía. Pedía y gritaba.

Porque, cuando caía la noche y los criados exhaustos que no debían velar trataban de dormir, la muerte de Christoph Detlev gritaba; gritaba y gemía, aullaba tanto tiempo y tan continuamente que los perros, que primero habían aullado con él, enmudecían y no se atrevían a acostarse, y, de pie sobre sus largas, finas y temblorosas patas, tenían miedo. Y cuando, en el pueblo, a través de esta vasta noche de verano, argéntea y danesa, los vecinos oían que la muerte aullaba, se levantaban como cuando había una tormenta, se vestían y, sin decir nada, se sentaban en torno al candil hasta que cesaba. Y a las mujeres a las que faltaba poco para dar a luz se las enviaba a las habitaciones más apartadas y a las alcobas mejor aisladas; pero la oían, la oían como si saliera de dentro de su propio cuerpo, y suplicaban que las dejaran levantarse, y acudían, voluminosas y blancas, a sentarse con los demás, que tenían el rostro desdibujado. Y las vacas, que estaban en época de parir, se quedaban desvalidas y encerradas, y a una le arrancaron el fruto muerto de su vientre con todas las entrañas, como si no quisiera salir. Y todo el mundo atendía mal sus quehaceres diarios y olvidaba entrar el heno, porque de día temían la llegada de la noche, y porque estaban tan cansados de tantas horas de vigilia y de despertar con sobresalto que eran incapaces de acordarse de nada. Y cuando, el domingo, iban a la iglesia blanca y apacible, rezaban por que no hubiera en Ulsgaard ningún señor más, pues aquél era un señor terrible. Y lo que todos pensaban y pedían

en sus oraciones, lo decía el párroco en voz alta desde el púlpito, pues tampoco él sabía ya qué era una noche ni alcanzaba a comprender los designios de Dios. Y lo decía la campana, a la que le había salido un rival temible que resonaba toda la noche y contra la que no tenía nada que hacer, ni siquiera cuando se ponía a repicar con todo su metal. Sí, todos lo decían, y entre los jóvenes había un muchacho que había soñado que entraba en el castillo y mataba al señor con su horquilla de estercolero, y estaban todos tan furiosos, tan en las últimas, tan exaltados, que escuchaban atentos mientras éste relataba el sueño y, acto seguido, sin darse cuenta, lo miraban para ver si sería capaz de tamaña gesta. Esto es lo que se sentía y se decía en toda la región, donde, apenas hacía unas semanas, se había querido y compadecido al chambelán. Sin embargo, aunque se hablaba en estos términos, nada cambió. La muerte de Christoph Detlev, que vivía en Ulsgaard, no se dejaba apremiar. Había venido para diez semanas y diez semanas se quedó. Y durante este tiempo fue más señora de lo que nunca lo fuera Christoph Detlev Brigge, era como un reina a la que, desde entonces y para siempre, se apoda «la terrible».

No fue la muerte de un hidrópico cualquiera, fue la muerte perversa y regia que el chambelán había llevado y alimentado consigo a lo largo de toda su vida. Todo el exceso de orgullo, de voluntad y de autoridad que no había podido utilizar personalmente en sus días tranquilos había pasado a manos de su muerte, a la muerte que entonces se había instalado en Ulsgaard y era dada al derroche.

¿Con qué cara habría mirado el chambelán Brigge a quien le hubiera pedido que muriera una muerte distinta de aquélla? La suya fue una muerte difícil.

Y, si pienso en los otros que he visto o de los que he oído hablar, siempre es lo mismo. Todos tuvieron su propia muerte. Estos hombres, que la llevaron en la armadura, en su interior, como quien lleva

un prisionero; estas mujeres, que llegaron a muy viejas y se hicieron muy pequeñas, y luego, estiradas en un lecho enorme, como sobre un escenario, pasaron a mejor vida de una forma discreta y señorial, delante de toda la familia, el servicio y los perros. Ni siquiera los niños, aun los más pequeños, tenían una muerte infantil al uso: se juntaban y morían lo que ya eran y lo que habrían llegado a ser.

Y qué melancólica belleza daba eso a las mujeres embarazadas cuando estaban de pie y, dentro de su gran vientre, sobre el que posaban sus manos delgadas como por instinto, había *dos* frutos: un niño y una muerte. Aquella sonrisa densa, casi nutritiva, que exhibían en el rostro vacío, ¿no provenía acaso del hecho de que a veces sentían cómo crecían en ellas ambas cosas?

He hecho algo para conjurar el miedo. Me he pasado toda la noche escribiendo, y ahora me siento tan cansado como tras una larga caminata por los campos de Ulsgaard. Pero cuesta hacerse a la idea de que ya nada de todo aquello existe, de que en la antigua y alargada casa señorial viven ahora unos extraños. Puede que en la habitación blanca de arriba, debajo del alero, duerman ahora las criadas, duerman su sueño profundo y húmedo desde la noche al amanecer.

Y uno no tiene nada ni a nadie y viaja por el mundo con una maleta y una caja de libros y, a decir verdad, sin curiosidad alguna. Pero qué vida es ésta: sin hogar, sin objetos heredados, sin perros. Si al menos tuviera uno sus recuerdos. Pero ¿quién los tiene? Si la infancia estuviera presente... pero está como enterrada. Quizá deba uno ser viejo para alcanzar todo eso. Me imagino que debe de estar bien eso de ser viejo.

Hoy ha hecho una preciosa mañana otoñal. He cruzado las Tullerías. Todo lo que daba al este, delante del sol, deslumbraba. La parte iluminada estaba cubierta de niebla, que parecía una cortina

gris claro. Grises dentro de la grisura, las estatuas se soleaban en los jardines aún por desvelar. En los parterres alargados, algunas flores aisladas se alzaban y, con una voz asustada, decían: rojo. Luego ha aparecido un hombre muy alto y delgado que doblaba la esquina de los Campos Elíseos; iba con muleta, pero no la llevaba debajo del brazo: la blandía ligeramente y de vez en cuando la plantaba en el suelo con firmeza, haciendo ruido, como si fuera un caduceo. No podía reprimir una mueca de alegría y sonreía a todo a su paso, al sol, a los árboles. Aunque tenía el paso tímido de un niño, avanzaba con una ligereza inaudita, plena del recuerdo de unos andares de otro tiempo.

Hay que ver lo que puede obrar una luna tan pequeña. Hay días en los que a nuestro alrededor todo es luminoso, ligero, apenas esbozado en el aire brillante y sin embargo distinto. Incluso lo que tenemos más cerca presenta tonalidades lejanas, se sustrae y solo se nos muestra, no se nos ofrece; y todo lo que guarda relación con la amplitud –el río, los puentes, las calles largas y las plazas que se prodigan–, todo eso ha incorporado esta amplitud detrás de sí y se ha pintado en ella como sobre seda. No puede decirse entonces qué será aquel carruaje de un verde reluciente en el Pont-Neuf, o cualquier cosa roja imposible de retener, ni siquiera un cartel en la pared medianera de un conjunto de casas de un gris perla. Todo está simplificado, proyectado en unos planos precisos y claros como el rostro en los retratos de Manet. Y nada sobra ni escasea. Los librereros de viejo del *quai** abren sus puestos, y el amarillo vivo o gastado de los libros, el marrón violáceo de los volúmenes encuadernados, el verde más grande de un cartapacio, todo eso concuerda, vale, participa y da lugar a una completud en la que no falta nada.

* Orilla del río.

Abajo veo la siguiente escena: una carretilla empujada por una mujer; delante, dispuesto a lo largo, un organillo. Detrás, de través, una canastilla en la que un niño muy pequeño se tiene en pie, contento y satisfecho debajo de su gorro, y no le gusta que lo sienten. De vez en cuando la mujer le da al manubrio. Entonces el pequeño vuelve a levantarse de inmediato y patalea en su cesto, y una niña ataviada con el vestido verde de los domingos se pone a bailar y a tocar la pandereta levantándola hacia las ventanas.

Creo que debería empezar a trabajar un poco, ahora que aprendo a ver. Tengo veintiocho años y no me ha ocurrido prácticamente nada. Recapitulemos: he escrito un estudio malo sobre Carpaccio, una obra de teatro que se titula *Matrimonio* y trata de demostrar una tesis falsa con medios ambiguos, y algunos versos. Ay, pero los versos valen tan poco, cuando se los escribe de joven. Uno debería esperar y dedicar toda una vida a atesorar sentido y dulzura, una vida larga, a ser posible, y entonces, al término de la misma, quizá fuera capaz de escribir diez versos que merecieran la pena. Y es que, contrariamente a lo que cree la gente, los versos no son sentimientos (éstos se tienen ya en la primera juventud): son vivencias. Para dar a luz un solo verso hay que haber visto muchas ciudades, hombres y cosas, hay que conocer los animales, hay que sentir cómo vuelan las aves y saber con qué ademán se abren las flores pequeñas al amanecer. Hay que ser capaz de recordar caminos de regiones desconocidas, encuentros inesperados y separaciones que se veían venir de lejos; días de infancia aún por aclarar, a los padres a los que no podíamos evitar ofender cuando nos traían una alegría que nosotros no entendíamos (era una alegría destinada a otro); las enfermedades infantiles que aparecían de un modo tan extraño y experimentaban tantas transformaciones profundas y graves, días pasados en estancias tranquilas y

recogidas, y mañanas junto al mar, el mar en general, los mares, las noches de viaje que pasaban altas y como una exhalación y volaban con todas las estrellas; y ni siquiera basta con ser capaz de pensar en todo esto. Hay que haber conservado el recuerdo de muchas noches de amor, ninguna de las cuales se parece a la otra, de gritos de parturientas y de mujeres que acaban de dar a luz y, aligeradas, blancas y durmientes, se cierran. Pero también hay que haber asistido a moribundos, estado con muertos en habitaciones con la ventana abierta y ruidos esporádicos. Y tampoco basta con tener recuerdos. Hay que saber olvidarlos, si son muchos, y tener la enorme paciencia de esperar a que regresen. Porque los recuerdos en sí todavía no *existen*. Solo cuando se tornan sangre en nosotros, cuando se convierten en mirada y gesto, cuando se hacen indecibles y no pueden distinguirse ya de nosotros, solo entonces puede suceder que, en un momento rarísimo, brote en su centro y emane de ellos la primera palabra de un verso.

Pero todos mis versos se fraguaron de otra manera, de modo que no son tales. Y cuán equivocado estaba cuando escribí mi obra de teatro. ¿Era yo un imitador y un necio que necesitaba de un tercero para narrar la suerte de dos seres que se hacían la vida imposible? Con qué facilidad caí en la trampa. Y, sin embargo, debería haber sabido que este tercero que aparece en todas las vidas y en todas las literaturas, este fantasma de un tercero que nunca ha existido, no tiene sentido alguno y hay que negarlo. Es uno de los pretextos de la naturaleza, empeñada siempre en desviar la atención del ser humano de sus secretos más profundos. Es la mampara detrás de la cual se desarrolla un drama. Es el ruido en el preludio que da paso a la quietud sin voces de un conflicto de verdad. Podría pensarse que, hasta la fecha, a todo el mundo le ha resultado demasiado difícil hablar de los dos que hacen al caso; abordar el tercero, precisamente porque es tan irreal, es pan

comido, todos se atreven con él. Ya en el arranque de estas obras se advierte la impaciencia por llegar al tercero, apenas si son capaces de esperar a que aparezca. En cuanto llega, todo va sobre ruedas. Pero qué fastidio cuando se retrasa: nada puede suceder sin él, todo se para, se encalla, se mantiene a la espera. Sí, ¿qué ocurriría si la acción quedara estancada en esta pausa y esta espera? Veamos, señor dramaturgo, y tú, público, que conoces la vida, ¿qué ocurriría si desapareciera este vividor tan socorrido o este jovencito arrogante que encaja en todos los matrimonios como una llave maestra? ¿Qué ocurriría si, por ejemplo, se lo llevara el diablo? Supongámoslo un instante. De pronto se advierte el vacío artificial de los teatros, que quedan tapiados cual agujeros peligrosos, tan solo las polillas de la baranda de los palcos revolotean en un espacio hueco que nada sostiene. Los dramaturgos no disfrutan ya de sus barrios señoriales. Todas las agencias de espionaje públicas buscan para ellos, en los lugares más remotos del mundo, al personaje irremplazable que era la acción misma.

Y, sin embargo, viven entre la gente, no estos «terceros», sino los otros dos, esos de los que tanto podría decirse y de los que nunca se ha dicho nada, pese a que sufren y actúan y no saben qué hacer.

Es ridículo. Heme aquí sentado en mi pequeño cuarto, yo, Brigge, ese que ha cumplido ya los veintiocho y de cuya existencia nadie tiene noticia. Estoy aquí y no soy nada. Y, sin embargo, esta nada se pone a pensar y piensa, desde un quinto piso, en una tarde gris parisina, estos pensamientos:

¿Es posible, piensa, que no haya visto, descubierto ni dicho nada real e importante? ¿Es posible que haya dispuesto de siglos para observar, reflexionar y escribir, y que haya dejado pasar esos siglos como si fueran la pausa del recreo en la que se come un bocadillo y una manzana?

Sí, es posible.

¿Es posible que, pese a los inventos y progresos, pese a la cultura, la religión y la sabiduría mundana, se haya quedado en la superficie de la vida? ¿Es posible que incluso haya cubierto esta superficie –que después de todo ya era algo– con un tejido terriblemente aburrido, de tal modo que parece los muebles del salón durante las vacaciones de verano?

Sí, es posible.

¿Es posible que toda la historia universal haya sido objeto de un malentendido? ¿Es posible que el pasado sea falso, porque siempre se ha hablado de sus masas como quien habla de una reunión de muchas personas, en lugar de hablar del individuo en torno al cual se congregaban porque era un extraño y ya está muerto?

Sí, es posible.

¿Es posible que nos creyéramos en la obligación de recuperar lo que sucedió antes de que nacióramos? ¿Es posible que debamos recordar a cada individuo que él es fruto de todos cuantos vivieron antes, porque lo sabe, y que no debe por tanto dejarse embaucar por otros que dicen saber otra cosa?

Sí, es posible.

¿Es posible que toda esta gente conozca todos los pormenores de un pasado que nunca ha existido? ¿Es posible que todos los hechos reales no signifiquen nada para ellos, que su vida, sin el menor vínculo con nada, transcurra como las horas de un reloj en una habitación vacía?

Sí, es posible.

¿Es posible no saber nada de las muchachas que, pese a todo, viven? ¿Es posible decir «las mujeres», «los niños», «los muchachos» y no sospechar (¡pese a toda la formación!) que hace ya mucho tiempo que estas palabras no tienen plural, sino incontables singulares?